

## APUNTES ACERCA DEL MUNDO CLÁSICO GRECOLATINO EN MIGUEL HERNÁNDEZ

FERNANDO FERNÁNDEZ PALACIOS

0. Recién finalizada la incivil guerra de 1936-39 hay quien llegó a considerar a Miguel Hernández un Homero, aunque algo peculiar<sup>1</sup>, pero no van por ahí las consideraciones de las siguientes líneas, que tienen por objeto allanar el camino para la comprensión de una faceta poco atendida de la obra hernandiana.

1. Hay muchas maneras de acercarse a la presencia del mundo clásico grecolatino en la persona de Miguel Hernández. Si nos atenemos a su obra literaria el camino más fructífero, sin lugar a dudas, es el análisis de los pasajes en donde aparecen alusiones de diversa naturaleza a dicho mundo. Otra, más preocupada primariamente por las fuentes, intenta descubrir los manantiales en los que bebió el poeta oriolano a la hora de dejar impronta clásica grecolatina en sus obras. Sospecho que debido al trabajo ímprobo que requiere el primer método mencionado los escasos autores que se han dedicado al tema han decidido realizar calas de variada profundidad en el segundo de ellos.

Es de sobra sabido por los especialistas que en su juventud Miguel Hernández conoció la obra de varios clásicos grecolatinos, muy pocas veces directamente o a través de traducciones y en mayor medida y de manera fundamental por medio de autores del Siglo de Oro y contemporáneos suyos. Concha Zardoya pensaba que su fuente más segura fueron los clásicos españoles y Rubén Darío<sup>2</sup> y no obstante hay que contar con el testimonio del sacerdote oriolano Luis Almarcha: «No he tenido discípulo a quien haya causado sensación más profunda Virgilio y San Juan de la Cruz»<sup>3</sup>, dice refiriéndose a Miguel Hernández. ¿Quién influyó en el poeta para que decantara su atención hacia tal tipo de lecturas? En su guía es evidente que ocuparon un lugar de honor en los primeros años tanto el religioso ya mencionado<sup>4</sup> como el poeta y amigo José Marín Gutiérrez (Ramón Sijé). En este sentido escribe Juan Cano Ballesta refiriéndose al poeta autodidacta: «Otros poemas [...] mezclan motivos de la sierra, la huerta y los montes de Orihuela, con temas bucólicos y mitológicos. Pan, la ninfa Siringa, Diana, Leda, Afrodita, Baco y Orfeo, están presentes en estos balbuceos poéticos, cuidadosamente copiados en un cuadernito apaisado. Miguel conoce, sin duda, este mundo encantado de dioses a través de los libros y conversaciones de Ramón Sijé, que gozaba de una brillante formación humanística recibida de los jesuitas.

Obsesionada vivamente su fantasía por tales narraciones, y encendida su naciente sensualidad, el poeta se siente un dios mitológico persiguiendo ninfas por prados y veredas arcádicas»<sup>5</sup>.

El primer encuentro con la literatura grecolatina, por lo tanto, debió de producirse muy temprano en su vida. Nacido en 1910, ocho años después era alumno del Colegio de Santo Domingo en las clases para niños pobres pero gracias a su aplicación consiguió no sólo pasar a las de pago sino también que los jesuitas propusieran a su padre costearle una carrera, a lo que éste se negó, por lo que en 1925 dejó de ir al colegio. De esta manera, con 15 años poseía los rudimentos de una formación humanística que irá ampliando debido a sus lecturas y conversaciones literarias y que, para nuestro propósito, podemos decir que terminó de manera esencial el 25 de diciembre de 1935 con la muerte de Ramón Sijé. Es decir, que con 25 años de edad Miguel Hernández había hecho un acopio de conocimientos dispersos sobre el mundo clásico grecolatino que había tenido ya entonces y lo tendrá también con posterioridad aquí y allá su salida<sup>6</sup>. Por lo tanto fue decisiva la etapa juvenil de lecturas en lo que se refiere a sus referencias grecolatinas<sup>7</sup>.

2. El estudio más completo de los que conozco sobre la relación entre la literatura clásica grecolatina y Miguel Hernández es el de V. E. Hernández Vista<sup>8</sup>, quien se centró en la figura de Virgilio y concluyó: «A nosotros nos basta con saber que Virgilio estaba allí, inscrito en la infancia y en la adolescencia de Miguel Hernández, enlazado a éste por una comunidad de experiencias vitales profundas y un magisterio literario, antes de que aparecieran Góngora, Alberti y Guillén, Garcilaso, Pablo Neruda y Alexandre, y que en Miguel Hernández se hace realidad, incorporada en el símbolo, la proclamación virgiliana del amor como fuerza telúrica irrefrenable que hermana a todas las criaturas»<sup>9</sup>.

Por su parte Francisco Javier Díez de Revenga ha hecho hincapié en la revisión que *El silbo de afirmación en la aldea* supuso del horaciano «Beatus ille...» tantas veces abordado por algunos clásicos españoles (fray Luis de León en su *Vida retirada*, fray Antonio de Guevara, etc.) y terminaba señalando que la hernandiana «no es una versión reiterante. Es algo nuevo, lozano, rejuvenecido por la presencia del poeta en el poema», por lo que «un tema clásico se ve renovado y enriquecido por la propia experiencia vital»<sup>10</sup>. A mí, con respecto a Horacio y en concreto sus célebres *Odas*, me parece percibir una clara influencia de éstas en el título de dos composiciones de *Poemas Suelos, III: Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda* [5]<sup>11</sup> y *Oda entre arena y piedra a Vicente Alexandre* [7]<sup>12</sup>.

Antes de seguir desbrozando terreno parémonos por un momento a considerar cuál fue la traducción antedicha de fray Luis de León que nuestro poeta utilizó. En 1957 Luis Almarcha conservaba aún el famoso tomo en pergamino con los seis primeros libros de la *Eneida* traducidos por fray Luis de León que el poeta oriolano se llevaba al campo. Este tomo pasó luego a poder del abogado José Martínez Arenas<sup>13</sup>. Aunque no he podido verificar el siguiente aserto, una vez consultada la *Bibliografía* de fray Luis de León de Rafael Lazcano<sup>14</sup> parece que el ejem-

plar manejado por Miguel Hernández pudo corresponder a la edición del padre José Llobera publicada en El Escorial en 1928 por la Imprenta del Real Monasterio cuyo título era *Poesías originales y versiones de Virgilio*, que constaba de 205 páginas<sup>15</sup>, por lo que nuestro poeta pudo haber leído en latín a Virgilio aunque ello no suponga ni mucho menos que lo comprendiera<sup>16</sup>, pero pienso que tiene su importancia la posibilidad de que sus ojos se pasearan por el texto original latino<sup>17</sup> y de que no sólo conociera de Virgilio la *Eneida* sino también otras obras del gran poeta latino.

La obra virgiliana, en cualquier caso, ha planeado de vez en cuando sobre algunas piezas hernandianas. Un caso especialmente conocido es el de la encina abatida del libro segundo de la *Eneida*, que algunos piensan que está presente en la gestación del soneto 18 («Ya de su creación, tal vez, alhaja») de *El rayo que no cesa*<sup>18</sup>. Aeste respecto me parecen muy acertadas las palabras de Agustín Sánchez Vidal a propósito de *Perito en lunas*: «El gran problema que plantean sus imágenes es la ausencia de un código general que pueda ser utilizado como clave para transcribir las desde el plano metafórico hasta el real. Si en Góngora hay una trabazón de asuntos mitológicos o de otro tipo exteriores a él que están respetados en todo momento, como si de reglas de juego se tratase, a menudo no es ése el caso de Miguel Hernández. Su poesía resulta de la elaboración de materias primas extraídas de la Naturaleza [...]. Miguel Hernández crea su propio código, y hay que entrar en él y aceptarlo si se quiere transitar por su poesía con una relativa comodidad. Los mecanismos generadores de metáforas son insospechadamente complicados»<sup>19</sup>. En un plano más general, y aunque por medio de los clásicos del Siglo de Oro, sí conviene apuntar la existencia en la obra hernandiana de varias composiciones con el título de *Égloga*: «Égloga» [16]<sup>20</sup>, de *Poemas Suelos, III*, que incluye una cita de Garcilaso al comienzo, «Égloga-nudista» [156], de *Primitivo Silbo Vulnerado* y «Égloga-menor» [104], de *Varia Poesía*<sup>21</sup>.

3. Por lo hasta ahora visto se comprobará que más que hablar genéricamente del mundo clásico grecolatino en Miguel Hernández me he ceñido al análisis de las influencias literarias grecolatinas en su obra. Ello es lógico y normal en un escritor al que no le preocuparon ni ocuparon los temas grecolatinos más que en su faceta mitológica pasada a través del tamiz de algún que otro escritor latino, del petrarquismo de Ausias March y Boscán y, sobre todo, de los grandes literatos españoles del Siglo de Oro y de algunos maestros contemporáneos. Además este interés se manifestó principalmente en la etapa en que, en palabras de Jacinto-Luis Guereña, «esquivaba algo la realidad humana»<sup>22</sup>, es decir, en los años de *Perito en lunas*, teniendo una prolongación menos acentuada hasta 1937, y por si fuera poco se produjo de forma selectiva ya que, a modo de ejemplo monográficamente estudiado, sólo se puede hablar de forma metafórica sobre la presencia de *Eros* en la obra hernandiana<sup>23</sup>. No obstante la tradición clásica grecolatina pienso que fue fundamental en la gestación de interesantes personajes y situaciones, así en la de «uno de los hallazgos dramáticos de Miguel más interesantes», como lo han calificado Mariano de Paco y Francisco Javier Díez de Revenga<sup>24</sup>: los Cuatro Ecos de *Quién te ha visto y quién te ve* y *sombra de lo que eras*.

4. Vayamos ya al análisis de la aparición directa de elementos de la Antigüedad grecolatina en la obra de Miguel Hernández. En *Poemas Suelos*, I es donde se recoge la primera referencia grecolatina, exactamente en [7] «Soneto lunar»<sup>25</sup>:

«Yen una alberca  
-arcón donde la luna es tul de plata-  
cae la Leda lunar como una joya».

El tema de Leda está presente asimismo en el debut impreso de Miguel como poeta, es decir, en la composición «Pastoril», fechada el 30 de diciembre de 1929, que vio la luz en *El Pueblo de Orihuela*<sup>26</sup> y que se ha incluido también entre los *Poemas Suelos, I* [38]:

«Junto al río transparente  
que el astro rubio colora  
y riza el aura naciente,  
llora Leda la pastora.  
  
De amarga hiel es su llanto.  
¿Qué llora la pastorcilla?  
¿Qué pena, qué gran quebranto  
puso blanca su mejilla?  
  
¡Su pastor la ha abandonado!  
A la ciudad se marchó  
Y solita la dejó  
A la vera del ganado.  
  
¡Ya no comparte su choza  
ni amamanta su cordero!  
¡Ya no le dice: «Te quiero»,  
y llora y llora la moza!»<sup>27</sup>.

En un poema de 1931 dedicado a Juan Sansano, al hacer una descripción de los bienes de la tierra olezana aparecen las dos siguientes estrofas:

«Verdece Koré que el reino del dios Plutón ha dejado;  
Pomona cansa de frutos las tiernas ramas amigas;  
Y Flora, de rosas cálidas su bella sien ha incendiado,  
En tanto que su oro ofrecen a Démeter las espigas.  
  
El dios de la brisa armónica juega en los nuevos ramajes  
Y enreda sus breves cuernos en las melódicas cañas;  
Y silfos, faunos y ondinas, soltando gritos salvajes,  
Sus brujas moradas dejan para alegrar las campañas».

José María Balcells piensa que es un poema de «resonancias rubendarianas»<sup>28</sup>.

5. El afán de Miguel Hernández de adquirir conocimientos sólo pudo detenerlo la muerte. Según un compañero suyo del Reformatorio de Adultos de Alicante todavía en la recta final estuvo aprendiendo inglés y griego, lenguas que llegó a leer con cierta soltura<sup>29</sup>.

### BIBLIOGRAFÍA

- Aggor, F. K. (1994), *Eros en la poesía de Miguel Hernández*, York (Carolina del Sur).
- Alberti, R. (1942), «Égloga fúnebre a tres voces y un toro para la muerte lenta de un poeta», *Pleamar*, nº1, 1 de enero.
- Alberti, R. (1942), «Égloga fúnebre», *De mar a mar*, nº1, 1 de diciembre.
- Balcells, J. M. (1975), *Miguel Hernández, corazón desmesurado*, Barcelona, Dirosa.
- Cano Ballesta, J. (1978), *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid 1ª reimpresión de la 2ª ed. (1971).
- Couffon, C. (1962), «Orihuela et le souvenir de Miguel Hernández», *Europe*, nº401-402, sept.-oct., pp. 47-74.
- Díez de Revenga, F. J. (1972), «Miguel Hernández y la nueva versión de un tema clásico», *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos* 7. Cito por su edición en María de Gracia Ifach (ed.), *Miguel Hernández*, 1975, pp.271-6.
- Foxá, A. de (1939), «Los Homeros rojos», *ABC*, nº10.393, 28 de mayo.
- Ifach, M. de Gracia (1975), *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Esplugas de Llobregat.
- Guereña, J.-L. (1976), «Estudio crítico», en Hernández, M., *Poesía*, Madrid, 1976. Estudio, notas y comentarios de texto por Jacinto-Luis Guereña.
- Guerrero Zamora, J. (1990), *Proceso a Miguel Hernández. El Sumario 21.001*, Madrid.
- Ifach, M. de Gracia (ed.) (1975), *Miguel Hernández*, Madrid.
- Hernández, M. (1978), *Teatro completo*, Madrid, edición de Vicenta Pastor Ibáñez, Manuel Rodríguez Maciá y José Oliva.
- Hernández, M. (1981), *El hombre acecha*, Santander, estudio previo y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia.
- Hernández, M. (1986), *Prosas líricas y aforismos*, Madrid. edición preparada y prologada por María de Gracia Ifach.
- Hernández, M. (1992), *Viento del Pueblo*, Madrid, edición de José Carlos Rovira y Carmen Alemany Bay.
- Hernández, M. (1997), *El labrador de más aire*, Madrid, edición de Mariano de Paco y Francisco Javier Díez de Revenga.
- Hernández Vista, V. E. (1972), «Virgilio y Miguel Hernández», *Cuadernos de Filología Clásica* 4. Cito por su edición en Gracia Ifach (ed.), *Miguel Hernández, cit.*, 1975, pp. 164-74.
- Herrero, J. (1978), «Eros y cosmos: su expresión mítica en la poesía de Miguel Hernández», en *En torno a Miguel Hernández, cit.*, pp. 76-94.
- Lazcano, R. (1984), *Fray Luis de León. Bibliografía*, Madrid. 2ªed., actualizada y ampliada.
- Molina, M. (1977), *Un mito llamado Miguel. XXXV Aniversario de la muerte de Hernández*, Alicante.
- Muñoz Hidalgo, M. (1975), *Cómo fue Miguel Hernández*, Barcelona.

- OC = Hernández, M., *Obra completa*, 2 tomos, Madrid, 1992, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany.
- Sánchez Vidal, A. (1976), «Estudio preliminar», en Hernández, M., *Perito en lunas. El rayo que no cesa*, Madrid, edición, estudio y notas de A. Sánchez Vidal.
- Sánchez Vidal, A. (1992), «Introducción», en OC I, cit., pp. 27-111.
- Zardoya, C. (1961), *Poesía española contemporánea. Estudios temáticos y estilísticos*, Madrid.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Foxá, «Homeros», 1939.
- <sup>2</sup> Zardoya, «Poesía», 1961: 645.
- <sup>3</sup> Cano Ballesta, «Poesía», 1978: 12. En un manuscrito de Luis Almarcha fechado en mayo de 1957, de donde está sacada la anterior cita, recordaba el paisano del poeta sus conversaciones con Miguel: «Mira, ahí tienes a S. Juan de la Cruz, a Gabriel Miró, a Verlaine, a Virgilio traducido por Fr. Luis de León, la colección de lectores españoles de Rivadeneira: toda mi biblioteca. Los seis primeros libros de la Eneida traducidos por Fr. Luis, estaban encuadrados en un tomo de pergamino. [...]. Me hizo mucha gracia por lo que iba a impresionar a sus amigos, pero más me impresionaba a mí, verle volver al frente de sus cabezas [de ganado] con Virgilio debajo del brazo» (*op. cit.*: 330). Couffon, «Orihuela», 1972: 51 apunta incluso que de la *Eneida* traducida por fray Luis de León podía recitar Miguel pasajes enteros. Éste, por su parte, decía lo siguiente a propósito del libro *Trasluz* de Pedro Pérez Clotet en una reseña publicada en el *Diario de Cádiz* el 20 de diciembre de 1933: «Para alternarlo con San Juan y Fray Luis sin inconveniente. Es el tiempo de las voces pacíficas por serenas» (Hernández, «Prosas», 1986: 73).
- <sup>4</sup> Cf. también Guerrero Zamora, «Proceso», 1990: 182, quien señala que Luis Almarcha le «prestó sus Virgilio».
- <sup>5</sup> Cano Ballesta, «Poesía», 1978: 11-2. No hay que desdeñar tampoco la Tertulia de la Tahona, donde nació *Silbo* (cf. Molina, «Un mito», 1977: 13-5), y especialmente a Carlos Fenoll. Incluso hay quien piensa que alguien le prestó un diccionario de Mitología aunque ya conociera a los personajes por «lecturas serias» (Gracia Ifach, «Miguel», 1975: 30).
- <sup>6</sup> Dos años antes, exactamente el 20 de enero de 1933, había salido a la luz su primer libro, *Perito en lunas*, aunque desde 1930 publicaba ya poesías en medios locales y provinciales (semanario *El Pueblo* de Orihuela y diario *El Día* de Alicante).
- <sup>7</sup> Los libros los conseguía tanto de la biblioteca del Círculo de Bellas Artes como de la particular del entonces canónigo de la catedral y persona ya mencionada, Luis Almarcha, además de la de Ramón Sijé. Tomás Navarro Tomás, en el prólogo a *Viento del Pueblo*, apuntaba: «En un círculo obrero de su ciudad natal encontró libros de nuestros autores clásicos» (Hernández, «Viento», 1992: 71), sin duda refiriéndose al Círculo de Bellas Artes. Sánchez Vidal, «Introducción», 1992: 28 añade otro surtidor: la biblioteca de Teodomiro, «una de las mejores de la provincia de Alicante».
- <sup>8</sup> Hernández Vista, «Virgilio», 1972.
- <sup>9</sup> *Op. cit.* (1972) [1975]: 173. En opinión de V. E. Hernández Vista el poeta-pastor no sólo leyó la *Eneida* traducida por fray Luis de León sino también las *Bucólicas* y las *Geórgicas* (*op. cit.*: 169). Es posible que al menos algo de razón haya en ello, como se comprobará más adelante.
- <sup>10</sup> Díez de Revenga, «Miguel Hernández», 1972 [1975]: 276.
- <sup>11</sup> OC I, pp. 521-5.
- <sup>12</sup> OC I, pp. 526-8.

- <sup>13</sup> Cano Ballesta, «Poesía», 1978: 330. La dedicatoria de Luis Almarcha al abogado reza: «En este viejo libro de mi biblioteca, conoció a Virgilio, a través de Fray Luis de León, Miguel Hernández. Lo leyó y relejó hasta aprendérselo de memoria. Hago donación del mismo a la biblioteca del gran oriolano y cordial amigo, don José Martínez Arenas» (Gracia Ifach, «Miguel», 1975: 27-8).
- <sup>14</sup> Lazcano, «Fray Luis», 1994.
- <sup>15</sup> *Op. cit.*: 156 (nº 386).
- <sup>16</sup> Conviene recordar aquí la carta que envía a José María de Cossío con fecha de 31 de julio de 1935, en la que dice: «Ayer he acabado el material que me dejó indicado, salvo las dos últimas cosas que me señaló por si acaso no me iba. Ayer he sudado tinta sobre la máquina, porque lo que copiaba estaba escrito casi todo en latín: no sé si lo que me ha resultado a mí es latín o es ensalada. En fin, ya lo verá usted y sabrá perdonar todas las erratas que tenga, comprendiendo que estoy tan distante de la lengua de misa como de la china» (Hernández, «El hombre», 1981: L).
- <sup>17</sup> En cualquier caso, si la edición que manejó Miguel fue la que he señalado, o bien Luis Almarcha esquematizó en su descripción el contenido del libro que el poeta llevaba al campo o bien el tomo en pergamino fue una confección “casera” a partir de la mencionada edición y que constaría únicamente de los 6 primeros libros de la *Eneida*.
- <sup>18</sup> Cf. Sánchez Vidal, «Estudio preliminar», 1976: 55, quien señala prudentemente: «Sería prolijo entrar en el resbaladizo terreno de las fuentes, porque sobre *El rayo* gravitan toda clase de poetas».
- <sup>19</sup> *Op. cit.*: 13-4.
- <sup>20</sup> En la que «el género fúnebre se mezcla con el pastiche» (Sánchez Vidal, «Introducción», 1992: 63).
- <sup>21</sup> Rafael Alberti, por su parte, recordó a nuestro poeta en 1942 a través de una *Égloga fúnebre* (Alberti, «Égloga fúnebre», 1942 y «Égloga», 1942).
- <sup>22</sup> Guereña, «Estudio», 1976: 83.
- <sup>23</sup> Cf. Herrero, «Eros», 1978 y, sobre todo, Aggor, «Eros», 1994.
- <sup>24</sup> Hernández, «El labrador», 1997: 29.
- <sup>25</sup> *OC I*, p. 121.
- <sup>26</sup> Nº 99, 13 de enero de 1930, cf. Cano Ballesta, «Poesía», 1978: 17, Muñoz Hidalgo, «Cómo», 1975: 44 y *OC I*, p. 775.
- <sup>27</sup> Para la continuación del poema cf. *OC I*, pp. 138-9.
- <sup>28</sup> Balcells, «Miguel», 1975: 28. Probablemente por los versos de 18 sílabas que imitan la *Marcha triunfal* de Rubén Darío, cf. Cano Ballesta, «Poesía», 1978: 18.
- <sup>29</sup> Hernández, «Teatro», 1978: 13.

